

graciosamente el cuerpo atrás: todo ello, más fino, más delicado que la palabra y mucho más expresivo como modo de atestiguar el respeto.» Y esto no es más que una acción muy usual, hay otras cien importantes, imagínese si es posible el grado de elegancia y perfección á que le había llevado la corte-sía. Tomaré uno al azar; el duelo entre dos príncipes de la familia real, el conde de Artois y el duque de Bourbon, siendo éste el ofendido, el otro, su superior, tenía el deber de ofrecerle un encuentro, y según el relato de M. de Bezenval, testigo del mismo: —«Desde el momento en que el señor conde de Artois le vió, echó pié á tierra y dirigiéndose en derecha á él, díjole con semblante risueño: «Monseñor, el público pretende que nos busquemos.» El señor duque de Bourbon contestó, descubriéndose: «Monseñor, aquí estoy para recibir vuestras órdenes.» «Para obedecer las vuestras,—replicó el conde de Artois,—necesario es que me deis permiso para llegar hasta mi carruaje.» Vuelve con una espada, el combate empieza, al cabo de un rato se les separa y opinan los testigos que queda el honor satisfecho. «No me está permitido el tener una opinión,—replicó el conde de Artois,—es al señor duque de Bourbon á quien corresponde decir lo que quiere; yo estoy aquí para recibir sus órdenes.» «Monseñor,—replicó el duque de Bourbon dirigiendo la palabra al señor conde de Artois, y bajando la punta de su espada,—estoy penetrado de reconocimiento por vuestras bondades, y jamás olvidaré el honor que acabáis de hacerme.» ¿Es posible tener un conocimiento más fino y exacto de las categorías, de las posiciones, de las circunstancias, es posible rodear un duelo de mayores gracias? No hay situación espionosa que no se salve por medio de la política. Con la costumbre y el giro conveniente se concilian hasta en presencia del rey la resistencia y el respeto. Cuando Luís XV habiendo desterrado el Parlamento hizo que Mme. du Barry dijera en alta voz que había tomado su partido y que no cambiaría jamás;—«Ah señora,—exclamó el duque de Nivernais,—cuando el rey dijo eso, os estaba mirando.» «Mi querido Fontenelle,—decíale uno de sus amigos poniéndole la mano en el corazón,—es también juicio lo que aquí tenéis?» Fontenelle sonríe y no dice que no. Hé ahí cómo, hasta á un académico se le hacían tragar sus verdades; una gota de ácido en un dulce, todo tan bien disuelto, que la picazón no hacía más que aumentar el sabor azucarado. Cada noche y en cada reunión se servían dulces de esta clase; dos ó tres de ellos con una gota de ácido, los demás no menos exquisitos, aunque sin tener más que dulzura y aro-

ma. Tal es el arte de la buena sociedad; arte ingenioso y encantador que penetra en todos los detalles de la palabra y de la acción para convertirlos en favores, que impone al hombre, no el servilismo y el embuste, sino el respeto y el cuidado de los demás, y que en cambio, extrae de la sociedad humana para él, todo el placer que puede ella dar.

Puede comprenderse en globo esta clase de placer; mas, ¿cómo hacerlo visible? Tomados en sí mismos los pasatiempos de la buena sociedad, no pueden describirse; son sobrado baladíes; el atractivo les viene de sus adornos. El relato que de ellos se hiciera, sería un residuo insípido; ¿acaso el libreto de una ópera da idea de ella? Si queréis hallar ese mundo desaparecido, buscadle en las obras que han conservado su exterioridad ó su acento; primero en los cuadros y en los grabados de Watteau, Fragonard, y los Saint-Aubin; luego, en las novelas y comedias de Voltaire y Marivaux, y también de Collé y Crebillon, hijo, y más particularmente *Le bal paré* y *Le concert*, de Saint-Aubin; *Les élégants* y *La vie d'un seigneur á la mode*, de Moreau; las viñetas de la *Nouvelle Heloise*, *La toilette* y *Le coucher de la mariée*, de Beaudouin; *Qu'en dit l'abbé*, de Lawrence; *Marianne*, de Marivaux; *La vérité dans le vin*, de Collé; *Le coin du feu*, *La nuit et le moment*, de Crebillon, hijo, y las dos preciosas cartas del abate Barthelemy y del caballero de Boufflers, respectivamente, que se hallan en la *Correspondencia inédita*, de la señora du Deffant. Sólo después de esas lecturas se divisan las figuras y se oye la voz. ¡Qué fisonomías tan finas, simpáticas y alegres, brillantes todas de placer y del afán de agradar! ¡Qué desembarazo en el porte y en el andar! ¡Qué gracia tan seductora en el traje y en la sonrisa, en la vivacidad de la charla, en la emisión de su voz armoniosa, en la coquetería de las suposiciones! ¡Cómo se detiene involuntariamente para mirar y oír! La alegría está en todas partes; en las cabecitas espirituales, en las manos delicadas, en la compostura incitante, en los palmitos y en los ademanes. El menor gesto, un movimiento de cabeza mohino ó tatarudo, un lindo brazo que sale de su nido de encajes, un talle flexible que se inclina á medias sobre el telar del bordado, el suave ruido de un abanico que se abre rápidamente, todo es allí un regalo para los ojos y para el espíritu. En efecto, todo es una golosina, agasajo delicado, para delicados sentidos; hasta en el ornato exterior de la existencia, hasta en las líneas sinuosas, en el vestido galano, en la refinada comodidad de las obras de arquitectura y de los muebles. Llenad vuestra imaginación con estos con-

tornos y estas figuras, y hallaréis entonces en sus diversiones el interés que en ellas tomaban sus actores. En tal sitio y con semejante compañía, basta estar juntos para estar bien. Su ociosidad ya no les pesa; juegan con la existencia. En Chanteloup, donde el duque de Choiseul, caído del favor, ve afluir toda la buena sociedad, no se hace nada, y, sin embargo, no hay una hora desocupada en todo el día. Véase, sino, la *Correspondencia inédita*, de la señora du Deffant, publicada por M. de Saint-Aulaire. «La duquesa no puede disponer para sí sino de dos horas al día, y aún estas dos horas las emplea en su tocador y en su correspondencia; la cuenta es muy sencilla; se levanta á las once de la mañana, á las doce el almuerzo, seguido de una conversación que se prolonga hasta las tres ó las cuatro de la tarde; á las seis la comida; en seguida el juego y la lectura de las *Memorias* de Mme. Maintenon.» Por lo general, «se permanece en compañía hasta las dos de la madrugada.» La libertad de espíritu es perfecta; ni una tarea, ni un cuidado; el *whist* y el *tric-trac* por la tarde, el faraón por la noche.» Se hace hoy lo que se hizo ayer y lo que se hará mañana; se ocupa uno de comer y cenar como del asunto más importante de la vida, y de nada se queja uno en el mundo sino de su estómago. «El tiempo se nos pasa tan rápidamente, que siempre me parece haber llegado anteanoche.» A veces se organiza una pequeña partida de caza, y las señoras quieren asistir á ella, «porque son muy ágiles y se hallan en disposición de dar á pié y diariamente, cinco ó seis vueltas de salón.» Pero prefieren las habitaciones al aire libre; durante aquella época, el verdadero sol era el resplandor de las bujías, y el más bonito cielo era un cielo raso pintado; ¿hay otro menos sujeto á intemperias y más cómodo para departir y charlar? Se departe, pues, y se charla, de viva voz con los amigos presentes y por escrito con los ausentes. Se sermonea á la vieja señora du Deffant, que es muy vivaracha, y á la cual se llama «la nieta;» la joven duquesa, tierna y sensata, es «su abuela.» En cuanto al «abuelo» M. de Choiseul, «como un reuma ligero le tiene en cama, se hace leer cuentos de hadas todo el día; es una lectura á la que todos nos hemos entregado; encontrámosla tan verosímil como la historia moderna. No os figuréis que no tenga ocupaciones; se ha mandado montar un telar de tapicería en el salón, y en él trabaja, no diré con la mayor destreza, pero sí, al menos, con la mayor asiduidad... Ahora es una cometa la que hace nuestras delicias; el abuelo no conocía este espectáculo y está entusiasmado con él.» En sí mismo, nada es un pasa-

tiempo; según la ocasión ó el capricho, del momento, se le toma ó se le deja; y, al poco tiempo, escribe el abad: «No os vuelvo á hablar de nuestras cazas, porque no cazamos ya; ni de nuestras lecturas, porque ya no se lee; ni de nuestros paseos, porque ya no salimos. ¿Qué hacemos, pues? Unos juegan al billar, otros al dómينو y otros al boliche. Deshilamos, deshilachamos. El tiempo nos impulsa á hacerlo y nos entregamos á él.»

El mismo espectáculo se observa en las demás reuniones. No siendo toda ocupación mas que un juego, basta un capricho, un ligero soplo de la moda, para poner en auge cualquiera de ellas. Al presente lo está el deshilar, y en París y en los castillos todas las blancas manos deshacen galones, charreteras y telas viejas, para sacar de ellas hilos de oro y plata. Encuentran en eso una apariencia de economía ó de ocupación, y, de todos modos una apariencia. Apenas se forma un círculo de mujeres, cuando ya se coloca sobre la mesa una gran bolsa de raso verde, para meter los hilos; esta bolsa es la bolsa de la dueña de la casa; inmediatamente todas las señoras piden sus sacos, y, como puede verse en el *Diccionario de la etiqueta*, de la señora Genlis; en la *Historia de mi vida*, de Jorge Sand, y en *Adela y Teodoro*, de la primera; «hé ahí á los lacayos en movimiento.» Es un furor; se deshila cada día, durante muchas horas, hay quien gana en eso cien luises al año. Los hombres están obligados á proporcionar los materiales de esta obra; á este efecto, el duque de Lauzun da á la señora de V... una arpa, de tamaño natural, cubierta de hilo de oro; un enorme carnero de oro, regalado por el conde de Lowenthal, ha costado dos ó tres mil francos, y una vez deshilachado producirá quinientas ó seiscientas libras; pero no se repara en esas nimiedades; necesario es dar alguna ocupación á los dedos ociosos, un escape manual á la actividad nerviosa; la risueña petulancia estalla en medio del pretendido trabajo. Un día, en el momento de salir á paseo con un gentil-hombre, la señora de R. observa que las franjas de oro de su traje serían excelentes para deshilar, y con un arranque súbito corta una de ellas. Inmediatamente diez mujeres rodean al hombre de los galones, le arrancan el vestido y meten en los sacos todas sus franjas y galones; diríase que es una bandada de atrevidos pavos que cacareando y zumbando se abaten á una sobre un grajo para despojarle de su plumaje, y en lo sucesivo, cuando entra un hombre en un círculo de mujeres corre el peligro de que se le desplume vivo. Toda esta alegre sociedad tiene los mismos pasatiempos; los hombres lo pro-



pio que las mujeres. Pocos son los hombres que no tengan alguna habilidad de salón, algún medio de ocupar su espíritu ó sus manos, de llenar las horas desocupadas; casi todos riman ó son actores de sociedad; muchos son músicos ó pintores de paisaje; al mismo tiempo que M. de Choiseul tejía tapices, otros bordaban ó hacían lazos. M. de Francueil es un buen violinista y se construye él mismo sus violines; ade-

más de esto «es relojero, arquitecto, tornero, pintor, cerrajero, decorador, cocinero, poeta, compositor y bordador á maravilla, según cuenta Jorge Sand, I, 59.—En esta ociosidad general, necesario es saber ocuparse de una manera grata para los demás y para uno mismo. La señora de Pompadour es música, actriz, pintora y grabadora; la señora Adelaida aprende la relojería y toca todos los instrumentos,



El duque de Gesvres, primer gentil-hombre de cámara

desde la trompeta hasta el birimbao; no muy bien, es cierto, poco más ó menos como la reina, cuya bonita voz no se ajusta sino á medias. Pero no se tienen pretensiones; se trata de divertirse, y nada más; la alegría, la amenidad, lo cubren todo. Léase, sino, este hecho de la señora de Lauzun, en Chanteloup. «¿Sabéis, escribe el abad, que nadie tiene en tal alto grado una cualidad que no le conocíais, la de guisar huevos revueltos? Era este un talento oculto; ella no recuerda la época en que lo adquirió; creo que sería al nacer. La casualidad lo ha descubierto, é inmediatamente lo ha puesto á prueba. Ayer mañana, época para siempre memorable en la historia de los huevos, preparáronse todos los enseres necesarios para esta gran operación; una estufilla, caldo, sal, pimienta, huevos, y hétenos aquí que, al prin-

cipio, la señora de Lauzun se pone á temblar y enrojece; pero luego, con un valor intrépido, casca los huevos, los chafa en la cacerola, los revuelve á derecha é izquierda, arriba y abajo, con una precisión y un éxito del que no hay ejemplo alguno; jamás se comió cosa tan excelente.» ¡Cuántas risitas atentas al rededor de esta sola y pequeña escena! Y, más tarde, ¡qué de madrigales y alusiones! El buen humor se parece, entonces, á un rayo de juguetera luz, revolotea por todas partes y presta su gracia al más insignificante objeto.

V

«Estar siempre alegre, dice el viajero inglés John Andrews en 1785, hé ahí la cualidad de un francés,»

y hace notar que esto es una obligación porque en Francia tal es el tono general de la sociedad y el único medio de agradar á las señoras soberanas de la misma y árbitras del buen gusto. Añádase la carencia de las causas que producen la tristeza moderna poniendo sobre nuestras cabezas un pesado cielo de plomo. En aquella época no hay trabajo alguno duro y precoz, ninguna encarnizada concu-

rrencia, ninguna carrera indefinida ni infinita perspectiva. Las clases están marcadas, las ambiciones limitadas, la envidia es menor. El hombre no está habitualmente descontento, agriado, preocupado como ahora. Se sufre poco por razón de los desafueros allí donde no hay ya derechos; nosotros sólo pensamos en prosperar; ellos no piensan sino en divertirse. En vez de renegar sobre el calendario, un



CHAISET

oficial inventa un disfraz de baile de máscara, en vez de contar las condenas obtenidas, un magistrado da una buena cena. En París, en la avenida situada á la izquierda del palacio Real, todas las tardes «se reuné la buena sociedad lujosamente ataviada, bajo los árboles;» por la noche, «al salir de la Opera, á las ocho y media, vuelve á reunirse en el mismo sitio y con frecuencia permanece en él hasta las dos de la madrugada.» Allí se da música al aire libre, á la luz de la luna; Garat canta y el caballero de Saint-Georges toca el violín, como cuenta la señora Vigée-Lebrun. En Monfortaine, el conde de Vandreuil, el poeta Lebrun, el caballero de Coigny tan amable y alegre, Bronguiart y Robert, proponen charadas todas las noches y «se

despiertan para decírselas.» En las casas de Montesquieu, en Maupertuis; del duque de Nivernais, en Saint-Ouen; del mariscal de Noailles, en Sain-Germain; del conde de Vaudreuil, en Genevilliers; del duque de Orleans, en Raincy; del príncipe de Condé, en Chantilly; todo son fiestas. No puede leerse una biografía, ni un documento de provincias, ni un inventario de la época, sin que se oigan sonar los cascabeles del carnaval universal, y pueden consultarse, para la comprobación de este hecho, á Chateaubriand, I, 34, á Jorge Sand, I, 59, 76 y las *Memoirs de Mirabeau*. En Monchoix, en casa del conde de Bédée, tío de Chateaubriand, «se tocaba, se bailaba, se cazaba, se estaba de broma desde la mañana hasta la noche, y se comía su renta y su hacien-